

Apoyó su mano sobre su corazón, y cayó su cabeza hacia atrás; la pobre joven estaba próxima á encontrarse mal.

Cuando volvió á abrir los ojos y á dirigirlos al jardín, estaba Colombán sentado sobre un banco con la cabeza entre las manos, exactamente en la misma posición que ella había conservado durante cuatro horas esperando á Camilo.

También él estuvo así cuatro horas aguardando como había estado Carmelita. De repente se oyó el ruido de un carruaje que se detenía á la puerta; sonó la campanilla vigorosamente impulsada por uno de esos movimientos en que es fácil conocer la mano del amo.

Esta vez estaba Nanette en su puesto, y corrió á abrir.

Sin duda anunció á Camilo que Colombán había llegado porque en vez de subir la escalera, atravesó Camilo el corredor y apareció en el jardín. Buscó con la vista á Colombán, le vió sentado sobre un banco de césped, y marchó derecho á él.

Colombán con la frente apoyada en las manos no le veía llegar.

Al ruido de los pasos levantó sin embargo la cabeza y vió á Camilo delante de él.

Lanzó un grito, y en menos de un segundo estuvo en sus brazos.

Todo lo observaba Carmelita á través de su cortina.

Nada alteraba en Colombán la alegría de volver á ver á su amigo.

Creía á Camilo en Bas-Meudón y á Carmelita en París.

Echaron á andar los dos jóvenes hacia la casa cogidos dél brazo.

Al verles Carmelita aproximarse, se retiró temblando á su habitación, cuyos cerrojos echó por segunda vez.

Camilo hizo que su amigo visitase toda la casa, excepto la habitación en que se encontraba Carmelita.

No le chocó al bretón el lujo un poco afeminado de los adornos de la habitación, porque conocía el gusto de Camilo.

Vista toda la casa, á excepción de la habitación de Carmelita, condujo el criollo á su amigo delante de aquella puerta misteriosa, cerca de la cual habían pasado dos ó tres veces los dos sin que se abriese.

Allí le detuvo Colombán.

— ¡ Quitate el sombrero ! dijo Camilo.

— ¿ Por qué ? preguntó el bretón.

— Porque aquí está el santuario.

— ¿ Qué quieres decir ?

— Escucha, dijo Camilo con ese tono mitad bromista, mitad serio que le era habitual: tengo ideas bastante vagas, ó si lo prefieres bastante firmes en punto á religión; cada cual adora al dios que elige, y no sé por qué no he de hacer yo lo que hacen los demás.

— ¿ Adónde vas á parar, y qué habitación es ésta ? preguntó Colombán: vamos, acaba.

— ¡ Es el templo de la diosa de lo bello, de lo bueno y de lo grande ! una especie de dios Pan hermafrodita que participa á la vez de hembra por la debilidad y la belleza, y de varón por la fuerza y el valor... Esa habitación, Colombán, encierra el ser á quien adoro sobre todo lo del mundo, la criatura humana que reverencio como á la divinidad. Inclinate pues, y como te he dicho, descúbrete al franquear el umbral de esta habitación; porque nunca le habrá sido dado á mortal alguno contemplar el aspecto de un idolo más venerado.

Carmelita oía desde su habitación todo lo que decía Ca-

milo ; se levantó pálida, pero resuelta, como acostumbrada á serlo en las grandes ocasiones ; marchó derecha á la puerta, y en el momento en que Camilo iba á poner la mano en el botón para abrir, abrió ella.

Colombán estuvo á punto de caer de espaldas al ver á la joven.

— Entrad, ¡ amigo mio ! dijo sencillamente Carmelita.

— ¡ Pues bien ! ; qué tienes ? preguntó Camilo ocultando la turbación de su corazón bajo aquella alegría que era, ora su carácter, ora un disfraz de él : ¿ es que ya no reconoces á Carmelita ? Entonces voy á presentaros el uno al otro... Señorita Carmelita Gervais, os presento al señor vizconde de Penhoel... Señor vizconde de Penhoel, os presento á la señorita Carmelita Gervais.

Los dos jóvenes se miraban, Colombán estupefacto de asombro, Carmelita inmóvil de vergüenza.

— ¡ Pero, exclamó Camilo, abrazaos ! ; Qué diablo os detiene?... ¿ Queréis que vaya yo á dar una vuelta por los bosques de Meudón ?

Esta invitación, amistosa en el fondo, pero injuriosa en la forma, produjo un efecto de todo punto diferente en Colombán y en Carmelita : la joven se ruborizó hasta lo blanco de los ojos ; el aspecto del bretón se cubrió de una palidez mortal.

Retrocedieron cada cual un paso.

Lo que hacía retroceder y ruborizarse á Carmelita era el respeto de la mujer violada, el pudor ultrajado ; una sonrisa de desprecio apareció en sus labios.

Lo que hacía retroceder y palidecer á Colombán era la fe vendida, las santas promesas de la amistad holladas con los pies : una nube de dolor cubrió su frente.

El embarazo era cruel para los dos.

Hizole cesar Carmelita tendiendo franca y afectuosamente la mano al bretón.

Este (en recuerdo de la mano pálida y afilada que había visto salir un día por entre las sábanas de Carmelita, enflaquecida por la fiebre) dió al instante la suya, y aquellas dos leales manos temblorosas se enlazaron estrechamente.

— ¡ Ah ! ; Pero qué raros sois ! dijo Camilo : ¿ desde cuándo el amigo no abraza á la *mujer* del amigo ?

Levantó Colombán la cabeza, y cubriendo á Camilo con una mirada radiante :

— ¡ Tu mujer ! exclamó con alegría (porque ante la promesa cumplida lo olvidaba todo) ; tu mujer... repitió con las lágrimas en los ojos, sin notar la turbación en que sus palabras hundían á Carmelita.

— Próximamente, dijo Camilo, porque sólo aguardaba tu regreso para arreglar nuestro matrimonio.

— ¡ Ah ! dijo friamente Colombán.

Después, con un aire que no estaba exento de cierta actitud amenazadora :

— ¡ Pues bien ! aquí estoy... dijo.

— Vamos, vamos, dijo Camilo rompiendo el hilo que acababa de anudar Colombán ; si no la abrazas por amor de ella, abrázala por amor mio.

Aproximóse Colombán á Carmelita, é inclinándose con respeto, dijo :

— ¿ Queréis permitirme, señorita ?

— Señora, señora, dijo Camilo.

— ¿ Queréis permitirme que os abrace, señora ? repitió Colombán.

— ¡ Oh ! con todo mi corazón, exclamó Carmelita levantando los ojos al cielo, como para tomarle por testigo de la verdad de sus palabras ; y Dios que me oye sabe que

os doy esta prueba de afecto de lo más profundo de mi corazón.

Y los dos jóvenes se abrazaron ruborizándose.

— ¡ Pues bien ! ¡ qué diablo ! ¡ estáis muertos ? preguntó Camilo riendo. ¡ Válgame Dios ! ¡ y qué tontos sois los dos ! ¿ No está convenido que los tres no hemos de hacer más que uno ó dos á lo más ?

— Corriente, dijo Colombán ; pero antes de aceptar esa encantadora invitación, deseo hablar con vos, Camilo.

— Con *vos*, repitió el criollo, ¡ peste ! ¡ Eso es serio !

— ¡ Muy serio ! dijo Colombán.

— ¿ Y tú eres de la conferencia ? preguntó Camilo á Carmelita.

— No, dijo Colombán, y esa señorita permanecerá en su cuarto mientras que nosotros pasamos al tuyo.

— Pasemos pues al mío, dijo Camilo.

Y abrió la puerta de enfrente á la del cuarto de Carmelita.

Siguióle el bretón lanzando á la joven una mirada que quería decir : « Estad tranquila ; voy á ocuparme de vos. »

Sonrió la joven tristemente, dejó escapar un suspiro, y entró en su cuarto.

— Ahora bien, dijo Camilo dejándose caer en un sillón é intentando agazaparse como se dice en terminos venatorios, ¿ cómo has encontrado tu pabellón ?

— ¡ Encantador ! respondió Colombán, y os doy gracias por ese recuerdo afectuoso ; pero nunca consentiré en habitar ese pabellón.

— ¿ Y por qué ?

— Porque no quiero ser, ni cómplice de vuestras faltas, ni escudo de vuestras malas pasiones.

— ¡ Colombán ! dijo Camilo frunciendo las cejas.

— ¡ Oh ! no nos incomodaremos ahora si queréis, Camilo ; pero dejadme por lo pronto deciros lo que tengo que echaros en cara... ¡ Me habiais jurado (y fué una de las condiciones de mi marcha) respetar á Carmelita como á vuestra mujer, y habéis violado indignamente vuestra promesa ! Desde hoy, Camilo, hay un abismo entre nosotros, el que separa á un corazón leal de un corazón perjuro ; y no me detendré aqui ni un instante más.

Al pronunciar estas palabras dió Colombán un paso hacia la puerta.

Pero Camilo le obstruyó el paso y le detuvo.

— Escucha, le dijo, tan verdad es lo que voy á decirte, como que tú eres mi único amigo, Colombán (y sería muy desgraciado si otra cosa fuera), tan verdad como que quisiera haber hecho por tí la mitad de lo que tú has hecho por mí, que amo, adoro y respeto á Carmelita, y no soy yo sólo á asegurarte el cumplimiento de mi juramento.

Colombán sonrió con desdén.

— Pues bien, me refiero á ella misma, continuó Camilo. Consúltala, interrógala : ¿ espero que la crearás ? Pregúntale si intenté nunca, por ningún medio, no sólo seducirla, pero ni aun tentarla ; pregúntale si no hemos sido los dos espontánea, involuntaria y fatalmente, á pesar nuestro, arrastrados por las misteriosas fuerzas de una noche de estío abrasadora ; pregúntale si como dos niños á quienes su misma inocencia hace traición, no aceptamos los dos la ocasión sin buscarla... ¡ Tú sabes dominar tu pasión ; tú que tienes una fuerza de voluntad por encima de las fuerzas humanas, tal vez no hubieras sucumbido ; pero yo, débil como tú conoces, amigo mío, sintiendo volar en torno mío sin llamarles mi deseos semejantes á los que encerraba en mi corazón y que se escapaban del corazón

de Carmelita, cerré los ojos : el mundo entero desapareció para mí ! Ahora dime, Colombán, ¿ soy por esto un corazón desleal, un hombre malo ? ; No, porque tan cierto como me llamo Camilo de Rozán, en la época en que tú mismo fijas, será mi mujer Carmelita ! no he querido escribirte todo eso : ¿ comprendes ? Hubiera sido una discusión epistolar interminable ; pero estás aquí, y tú mismo has de fijar, como te he dicho, el día del matrimonio.

Colombán permaneció pensativo un instante.

— ¿ Me dices la verdad ? preguntó mirando fijamente á Camilo.

— Por mi honor, respondió el joven apoyando su mano sobre el pecho.

— Entonces, dijo Colombán, si es así, me quedo ; porque tendré siempre un hombre honrado por amigo. En cuanto á la época del matrimonio, tú la debes fijar, y naturalmente cuanto más pronto mejor.

— Hoy, Colombán, ¿ entiendes ? hoy mismo escribo á mi padre suplicándole que me envíe los papeles necesarios para casarme, y dentro de seis semanas podremos publicar las amonestaciones.

— Pongamos dos meses, dijo Colombán, para no exagerar nada. ¿ Pero estás seguro del consentimiento de tu padre ?

— ¿ Por qué me lo ha de negar ?

— Tu padre es rico, Camilo, y Carmelita es pobre.

— La virtud de Carmelita será su dote á los ojos de mi padre.

« ¿ Desgraciado pródigo ! había tenido deseo de murmurar Colombán, esa dote te la has comido de antemano. »

— Pero, dijo Colombán, ¿ si sin embargo contra todos tus deseos se opone tu padre á ese matrimonio ?

— Es imposible, querido amigo

— Supón por un momento que sucede así aun cuando te parece imposible. ¿ Qué harías ?

— Tengo veinticuatro años ; aguardaría á ser mayor de edad, y me casaría con Carmelita á pesar de mi padre.

— Triste cosa es que se rebele un hijo contra sus padres ; pero más triste es aún haber deshonrado á una joven y no devolverle su honor... Escribe pues esa carta, escríbela como hijo respetuoso, pero como hombre resuelto ; los correos marchan el 5, el 15 y el 25 de cada mes : pasado mañana es 15, no tienes pues un minuto que perder.

-- ¿ Y te quedas ? preguntó Camilo.

— Me quedo, respondió Colombán.

Y preparando sobre la mesa de Camilo una pluma y un papel, dijo :

— Espero tu carta en el pabellón.

Bajó en seguida casi contento de la lealtad de su amigo.

## CAPÍTULO IV.

### EL QUE SE VA.

Un cuarto de hora después de Colombán entraba Camilo en el pabellón con una hoja de papel medio escrita en la mano.

— ¿ Está ya hecho ? preguntó Colombán atónito.

— No, dijo Camilo ; al contrario, apenas he comenzado. Colombán le miró como juez que interroga.

— ¡ Oh ! no te apresures á condenarme, dijo Camilo. Á

las primeras palabras me han venido á la imaginación tus objeciones sobre el consentimiento de mi padre, y me han parecido más probables que al principio.

— ¿Y qué te importa, Camilo, puesto que tu partido está resueltamente tomado? dijo el bretón.

— Es verdad; pero pienso en las cartas que va á ser necesario cambiar antes de llegar al término. Nunca he esperado obtener el consentimiento de mi padre á la primera petición; vamos pues á discutir, á parlamentar: pasarán los días, nuestra impaciencia se aumentará...

— ¿Y el medio de hacer otra cosa?

— Creo haberlo encontrado, dijo Camilo.

— Y ¿cuál es ese remedio?

— Ir á buscar yo mismo el consentimiento de mi padre para casarme.

Miró Colombán fijamente á Camilo.

Éste sostuvo la mirada de su amigo sin bajar los ojos.

— Tienes razón, Camilo, dijo Colombán, y lo que propones es propio de un hombre honrado, ó de un bandido sin fe.

— ¿Creo que no dudarás de mí? preguntó Camilo.

— No, dijo Colombán.

— ¿Comprendes? replicó Camilo, en ocho días de insistencias verbales obtengo más de mi padre, que en tres meses de asedio epistolar.

— Pienso como tú.

— Tres semanas para ir, tres para volver; quince días para decidir á mi padre: negocio de dos meses.

— Te has vuelto la lógica y la razón personificadas, Camilo.

— La razón viene con la edad, mi viejo Colombán... Desgraciadamente...

— ¿Qué?

— ¡Oh! es un proyecto casi imposible de ejecutar...

— ¿Cómo?

— No puedo llevar conmigo á Carmelita.

— Naturalmente.

— Por otra parte, no puedo dejarla aquí.

— ¿Quién te lo impide?

— ¡Una joven sola expuesta á los insultos de los vecinos y de los pasajeros!

Frunció Colombán las cejas.

— ¿Crees pues que yo dejaré insultar á Carmelita? dijo.

— ¿Consientes pues en velar por ella?

Colombán se sonrió.

— En verdad, dijo, creía que me conocieses mejor.

— ¿Vivirás bajo el mismo techo que ella?

— Sin duda.

— ¡Colombán! exclamó Camilo, si lo haces, no bastará mi vida entera para reconocer esa prueba de amistad.

— ¡Ingrato! murmuró el bretón.

— No, Colombán, no, no soy un ingrato; pero conozco tu susceptibilidad en esta clase de materias; temía ofenderte ofreciéndote ó pidiéndote más bien que vivieses solo con una joven en una casa aislada.

— ¿No he vivido tres meses solo con Carmelita, antes que ella te hubiera conocido?

— Si; pero antes que ella me conociese, como dices...

— ¿Y por qué había de herirme el pensamiento de guardar la mujer de mi hermano, á mi hermana! ¿Has querido aludir á mi antiguo amor á Carmelita?

— ¡Colombán!

— ¿Me crees capaz de faltar á un juramento?

— Te creo capaz de morir antes, Colombán, y tu grandeza

me hace muy pequeño... ¡ Oh ! ¡ si ! ¡ si ! soy un malvado y tú eres bueno, y tienes sobre todo la fidelidad del moloso así como tienes su fuerza y su abnegación. Sé que defenderás la vida de Carmelita mejor que defenderías la mía, y la mía mejor que la tuya propia ; no tengo pues ningún temor : sabiendo eso daría la vuelta al mundo si me viese obligado á ello.

— En ese caso, dijo Colombán, preven á Carmelita : comprenderás que yo no [aceptaré sin su consentimiento... Si me lo negase, aun podrias marchar con toda seguridad ; alquilaria yo una habitación enfrente de su casa, ó cerca si no enfrente, y estaria así tan al abrigo de los insultos como si estuviese yo presente. Ve pues á prevenirla, porque no puedes perder más tiempo que podría perder una carta que marchase en tu lugar, y no tú.

Obedeció Camilo sin decir una palabra.

Carmelita recibió temblando la noticia que le llevaba Camilo.

Sin embargo, ninguna objeción hizo, ninguna resistencia opuso.

Escuchó la proposición, miró á Camilo con aire de indecible estupor, y sin analizar precisamente la singular emoción que aquella noticia le causaba, conoció instintivamente toda la bajeza de Camilo y toda la grandeza de Colombán.

Pareciale el bretón tan elevado, que á sus ojos tenia como un gigante, por decirlo así, el talón sobre la frente del pigmeo á quien llamaba su amigo.

La única diferencia que hubo en el proyecto, fué que se aplazó la partida para el 23 del mes de Octubre.

El correo de las colonias partía, como hemos dicho, el 25. Quedaban pues diez dias hasta entonces.

Refirió Colombán la vida austera, casi monacal, que habia llevado en la torre de Penhoel errante al borde del mar alborotado ó sentado á la cabecera de su padre enfermo y al que leía *la Odisea*.

Carmelita descubrió á Colombán los tesoros de ciencia musical que habia reunido durante la larga ausencia del bretón, y las frecuentes ausencias de Camilo.

Intentó éste último recordar el goce de las veladas de otro tiempo ; pero además de que las horas próximas á la partida no podían menos de estar llenas de inquietud y pesar, habia entre estos tres personajes un espectro de tres aspectos.

Para Camilo la conciencia.

Para Colombán la duda.

Para Carmelita el desaliento.

Este espectro se cernía incesantemente sobre sus cabezas ó pasaba grave y sombrío por delante de ellos durante los tristes dias y las melancólicas veladas que transcurrieron hasta la marcha de Camilo.

Tenian á veces momentos de sorda impaciencia de que ellos mismos se asustaban ; hubiérase dicho entonces que semejantes á gentes que parlamentan en el momento de correr un peligro, tenian prisa por dejarse, puesto que debían dejarse tarde ó temprano.

Llegaron pues al 23 de Octubre en estas tristes disposiciones.

Estaba convenido que Colombán condujera á Camilo hasta la diligencia que debia partir de París á las diez de la mañana, y por consiguiente pasar por el camino de Versalles á las once.

El bretón no cerró los ojos en toda la noche ; á las seis estaba en pie aguardando á que Camilo despertase.

Á las ocho entró en su habitación.

— ¿Qué hora es? preguntó Camilo.

— Las ocho, respondió Colombán.

— ¡Oh! entonces tenemos tiempo, dijo Camilo, déjame dormir aún una hora.

La puerta de Carmelita estaba abierta; oyó la respuesta del perezoso criollo.

— Tiene razón, dijo, dejadle dormir, amigo mio.

Volvió Colombán á cerrar la puerta de Camilo, y entró en la habitación de Carmelita.

Hubiérase dicho que la joven no se habia acostado: apenas estaba descompuesto el lecho.

— Estáis fatigada, Carmelita, dijo Colombán fijando una mirada inquieta en la joven.

— Sí, respondió Carmelita, he estado leyendo una parte de la noche.

— Y la otra parte habéis llorado.

— ¿Yo? dijo Carmelita mirando al bretón con ojos secos y febriles.

Bajó Colombán la cabeza y lanzó un suspiro.

En seguida, aunque sabía que todo estaba dispuesto, se levantó y salió bajo el pretexto de vigilar el equipaje.

La verdad es, que frente á frente de Carmelita se le despedazaba el corazón, y tenia necesidad de aire y soledad.

Á las nueve volvió á subir, entró en la habitación de Camilo, y le obligó á levantarse.

Un cuarto de hora después, hallábase el criollo en el comedor, donde Colombán y Carmelita le aguardaban.

Estos últimos minutos que precedieron á la separación, no fueron más tristes que las veladas de los días pasados.

Sucede con la certidumbre de una marcha como con la

certidumbre de la muerte: se acostumbra uno de tal manera, grado por grado á la desgracia que amenaza, que no sintiendo mayor dolor ni sorpresa en el momento que llega, parece uno insensible; y es que la fuente de las lágrimas se ha secado corriendo poco á poco.

El carruaje que debía conducir á Camilo aguardaba á la puerta. En el momento de subir á él miráronse la última vez; los tres semblantes se confundieron abrazándose.

Pero sólo lloraban Colombán y Camilo.

— ¡Te confío mi vida! dijo Camilo, más que mi vida mi alma.

Y según todas las probabilidades, Camilo decia la verdad en aquel momento.

— ¡Vete tranquilo! Yo respondo de ella ante Dios, por mi vida y por mi alma, respondió solemnemente el bretón levantando sus grandes ojos, claros como el cielo al que miraban.

Adelantáronse los dos jóvenes hacia la puerta.

Volvióse Colombán, y viendo á Carmelita sola, con los brazos caídos y la cabeza inclinada sobre el pecho, semejante á una estatua del Abandono, propuso á Camilo llevarla para que al menos no se separasen hasta el último momento.

Miró Carmelita á Colombán con ojos en que brillaba el reconocimiento.

Pero con una voz que descubria un profundo desaliento:

— ¿Para qué? dijo.

Volvió Camilo por la última vez; por la última vez la estrechó contra su corazón; después retrocedió casi asustado.

Habia creído abrazar una estatua de mármol.

Eran las once menos diez minutos; no habia tiempo

que perder: Colombán arrastró á Camilo; los dos subieron al carruaje, que partió al galope.

La puerta había quedado abierta.

— Cerrad la puerta, dijo sordamente Camilo á la jardinera.

Obedeció la jardinera, y empujó la puerta, que se volvió á cerrar bruscamente.

Estremeci6se Carmelita.

— Es la puerta de mi tumba, dijo.

Y volvió á subir la escalera lentamente, paso á paso; entró en su habitación, y cayó, más bien que se sentó sobre el sofá.

¿De dónde procedía aquel desaliento, aquella tristeza y aquel frío de Carmelita?

De la comparación que hace á su pesar una mujer distinguida entre un hombre como Camilo y un hombre como Colombán.

Y en efecto, Colombán (que desde el día de su llegada había crecido á los ojos de Carmelita) había alcanzado durante los diez días que acababan de transcurrir proporciones gigantescas.

Entre su marcha y su vuelta había tenido la joven un mal sueño.

Un sueño...; Oh!; sí! la realidad hubiera sido demasiado desconsoladora.

Había creído ser durante tres meses querida de un fatuo hermoso y divertido, es verdad, pero sin nobleza, sin corazón, sin alma, sin dignidad, sin fuerza; de una clase de muñeca, adornada, perfumada, empolvada, rizada, divertida á veces, pero indigna de la menor cosa seria.

; Sin duda era un sueño espantoso! y aquel americano de corbatas empenachadas, de chalecos chillones, de pan-

talones de color claro, de cadenas de oro y sortijas de rubies, era una encarnación cualquiera de ese demonio de la noche, que viene á acurrucarse sobre los pechos dormidos.

Y al fin, todos aquellos proyectos de matrimonio, aquella marcha para ir á consultar á una familia al fondo de la América, aquella amenaza de volver, suspendida por encima de ella, no como la llama de la esperanza, sino como el brillo de la espada, todo esto no podía ser más que el sueño febril de una noche de estio en un cerebro ardiente.

Sí, sí, todo esto era un sueño.

La realidad era ese grande y leal corazón que se llamaba Colombán.

; Aquel era sencillo, grande, fuerte; un hombre en fin! aquel podía decir á una mujer: « cierra los ojos y marcha: » y la mujer podía, conducida por él, marchar ciegamente; aquel podía decir: « no quiero, » y se le hubiera obedecido: « quiero, » y se le hubiera escuchado: « es preciso morir; » y se hubiera muerto!

; Aquel tenía grandeza, nobleza y fe, bondad y fuerza!

Aquel era pues quien ausente, después de tres meses, venia á reclamar de su amigo el tesoro que le había confiado...

Pero cuando la pobre Carmelita levantó la cabeza y vió todos los objetos pertenecientes á Camilo, ¡ay!; desgraciada niña! reconoció muy bien que había acompañado durante una noche de primavera al bretón como un bello sueño, pero que el americano era una terrible realidad.

Todas las lágrimas que pudo contener el vasto corazón de la joven se escaparon entonces á torrentes de sus ojos; lloró su error, la flor de sus ilusiones deshojada y lanzada



al viento; su felicidad exhalada como un perfume imprudentemente lanzado al fuego; lloró su vida para siempre rota, como se llora á una madre ó á un hijo; se torció las manos de desesperación; ella, que no había hecho un gesto, quejóse en voz alta; ella que no había lanzado un suspiro, sollozó; ella que no había vertido una lágrima, lanzó sobre los objetos que la rodeaban miradas de leona mordida por una serpiente venenosa; levantóse y se paseó á pasos largos por su habitación, anhelante y con los ojos respirando fiebre.

Si hubiera pasado el río por debajo de su ventana, se hubiera infaliblemente arrojado al río.

En efecto, como si hubiera tomado un partido desesperado, marchó hacia la ventana y la abrió.

Midió con su mirada la altura de la ventana al pavimento.

Era un primer piso alto apenas como un entresuelo: se hubiera maltratado mucho, pero hubiera sobrevivido.

Dió un paso atrás con un gemido de rabia y de dolor.

Peró de repente sus ojos, sus bellos ojos, tristes é inundados con las lágrimas de la desesperación, brillaron deteniéndose sobre un objeto que parecía alegrarles; en aquellas mismas miradas en que se pintaba un minuto antes el más profundo pesar, brilló una cosa que se asemejaba á una alegría inefable; una llama atravesó sus lágrimas como un rayo de sol atraviesa las nubes, y como al rayo del sol centellea una gota de rocío temblando sobre una flor, así pasó un relámpago de felicidad por en medio de sus lágrimas.

¡Acababa de ver su rosal blanco, su rosal blanco, símbolo de inocencia, recuerdo de su primer amor!

— ¡Oh rosal mío! dijo estrechándole contra su cora-

zón, á riesgo de desgarrarse con las espinas; la noche en que te he cogido salías apenas del seno de la tierra nuestra madre común; aun no desplegabas al sol la aureola de tus botones blancos, envueltos en tu manto de musgo, ni podía alcanzarte el calor del día, ni el frío de la noche... ¡Oh rosal mío! tú como yo durante los ardores de una abrasadora noche de estío has mostrado los tesoros de tus brillantes flores; estabas orgulloso con tus pétalos blancos; irradiabas al sol á quien tomabas por un amigo; creías en la eternidad de la vida, como yo creía en la eternidad del amor! ¡Oh rosal mío! ¿por qué has dado tú tus flores como yo he dado mi amor, puesto que los dos debíamos morir?

Y Carmelita rompió las pocas flores tardías que coronaban aún la copa de su rosal, y en vez de ponerlas en su velo de joven, como había hecho con las otras, las deshojó y las arrojó al viento, que las llevó al fangoso piso del camino.

## CAPÍTULO V.

### LA LEONA HERIDA.

Desde aquel momento miró Carmelita como había dicho aquella casa como su sepulcro, y su jardín como aquel cementerio de rosas de las carmelitas, cuyo nombre llevaba; comprendió á La Valliere que había expiado sus tres años de luz y de sol, con treinta años de sombra en el fondo de un claustro; comprendió á la Magdalena, que no atreviéndose á levantar los ojos hasta la frente de Cristo, enjugaba sus pies con sus cabellos.

Su porvenir le pareció reasumido en estas dos palabras escritas con caracteres negros en una página blanca : *Llorar y morir*.

Y en efecto, nada en adelante podía ligarla á los bienes del mundo, y se veía pasar la vida como su propio fantasma.

Tres cuartos de hora estuvo sumergida en estas sombrías meditaciones, es decir, el tiempo que necesitó el bretón para conducir á Camilo á aguardar el paso de la diligencia y volver.

Estos tres cuartos de hora fueron siglos para Carmelita. Cuando Colombán entró, en vez de la joven que había dejado al marchar, encontró, encorvada por la más desoladora postración, una especie de espectro de actitud silenciosa, colores extinguidos, y ojos extraviados.

Pero nada comprendió el cándido Colombán : creyó que aquella desesperación no tenía otra causa que la marcha de Camilo, é intentó consolar á la pobre abandonada hablándola del regreso. Sólo entonces fué cuando comprendió por la manera de sacudir la joven la cabeza que el mal procedía de otro origen, y cuando comenzó su papel de amigo adicto preguntóle fraternalmente.

Carmelita no respondió : muda á sus miradas, sorda á sus palabras, llevaba en sí un dolor tan inmenso, que parecía temer agobiar con él á su amigo.

Transcurrió pues así el primer día. Al ver Colombán que la joven rechazaba sus consuelos como un niño enfermo rechaza con la mano una poción benéfica, atribuyó á la exasperación nerviosa en que se encontraba Carmelita aquella tristeza que creyó accidental y pasajera, y aplazó un interrogatorio serio para los días siguientes. Pero el siguiente día por la mañana y los subsiguientes, fué la misma

la tristeza de Carmelita, y la joven continuó negándose á toda confidencia.

Transcurrió pues el tiempo sin revelar al bretón las misteriosas causas de aquella desesperación íntima.

Las horas del día estaban distribuídas con una regularidad invariable.

Todas las mañanas, desde el mes de Noviembre, á pesar de la lluvia, el lodo, el viento, la nieve y el frío, partía Colombán á pie de Bas-Meudón entre siete y ocho para París á la universidad para asistir á la cátedra que principiaba á las nueve y media.

Concluía la cátedra á las diez y media ; y Colombán estaba de vuelta por lo tanto á mediodía justo.

Almorzaban, y una hora después cada cual emprendía su trabajo, y no se volvían á ver hasta las seis, es decir, á la hora de comer.

Pasaban el resto de la velada juntos, ora dedicados á la lectura, ora á la música, pero rara vez en conversación.

La conversación hubiera sido peligrosa.

Conocía el bretón muy bien que era de su deber interrogar á Carmelita ; pero veía la resistencia de la joven, y sin huir las ocasiones de llevar la conversación á aquel terreno ya no las buscaba, obrando como un médico inteligente en una enfermedad orgánica, es decir, aguardando más del tiempo que de la ciencia, más de Dios que del médico.

Pero lo que admiraba á Colombán eran los progresos inmensos que Carmelita había hecho en la música desde la marcha de Camilo.

Hubiérase dicho que se había desarrollado en ella un sentido musical nuevo, desconocido, casi terrible.

Si tocaba solamente, tenía su piano una voz, un alma :

lloraba, gemía, sollozaba; si cantaba, había tomado su voz, sobre todo en las notas altas, una extensión, un sentimiento, una amargura dolorosa que hacía de aquella voz una voz de ángel desolado lamentando la ausencia del cielo con acentos humanos.

Los domingos se consagraban particularmente á la música y al paseo: los pasaban juntos sin alejarse el uno del otro ni un cuarto de hora. Cuando el tiempo estaba demasiado malo para salir, se reunían en el pabellón de Colombán.

Éste al principio se había admirado de aquella elección de Carmelita, de aquella preferencia por su habitación, cuando había un salón común; pero como verdadero jurista francés que acepta las leyes provisionales como definitivas, había aceptado aquel capricho de Carmelita sin darse cuenta de otra cosa.

Por lo demás nunca habían faltado pretextos á Carmelita para probar á Colombán que su habitación era más favorable á su conversación que ninguna otra. Un día era que el piano de Carmelita había bajado un tono, y el de Colombán estaba más en armonía con su voz; otro día humeaba la chimenea del salón, y la de Colombán era excelente; otro día era que necesitaba un libro serio para comprobar un hecho ó una fecha, y los libros serios sólo se hallaban en la biblioteca de Colombán. En fin, había mil razones para que se reunieran en la habitación de Colombán y no en otra parte, y la prueba es que se reunían allí.

Transcurrieron así muchas semanas; no se recibían cartas de Camilo, y Colombán notó con asombro que Carmelita nunca se informaba de Nanette si había cartas.

Sin embargo, hacia fin de Diciembre llegó la primera carta.

Colombán, sumamente alegre, se la llevó á Carmelita que estaba al piano.

— ¡Una carta de Camilo! exclamó Colombán al entrar en la habitación.

Pero sin levantar las manos de encima de las teclas, dijo Carmelita:

— Leed, amigo mío.

Colombán tenía la costumbre de obedecer sin resistencia á los deseos de la joven.

Abrió la carta y leyó.

La carta refería todas las discusiones que Camilo había tenido, no con sus padres, sino con sus tías y todo el resto de la familia, que constantemente se había mostrado opuesta á su designio, y que á la hora en que escribía aquellas líneas se oponía más que nunca.

Después de esto estaba la carta llena de la ternura más viva para Carmelita, del más vivo reconocimiento para Colombán; había también en el tono general de la epístola cierta especie de melancolía, que no era habitual al americano y que el bretón atribuía á que su amor encontraba obstáculos en el disentimiento de la familia y á la lucha que sostenía.

Pero lo que sorprendió á Colombán fué la manera más que fría con que Carmelita recibió la carta de su futuro esposo; no se atrevía á hacerle ninguna advertencia respecto á este punto; pero por la noche, cuando estuvo sólo, se preguntó la causa de aquella frialdad evidente, y cuanto más buscaba en las misteriosas profundidades del corazón de la mujer, tanto más se alejaba de la realidad.

Hacia el fin de Enero llegó la segunda carta de Camilo,